

# Sujeto y populismo o la radicalidad del pueblo en la teoría posmarxista<sup>1</sup>

Paula Biglieri

Profesora investigadora del CONICET/UBA/UNLaM

Gloria Perelló

Psicoanalista. Profesora investigadora de la Facultad de Filosofía y Letras y de la Facultad de Psicología de la UBA

## Introducción

Cuando en 1985 Ernesto Laclau y Chantal Mouffe publicaron *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, trajeron una bocanada de aire fresco para todos aquellos que todavía estaban preocupados por la posibilidad de pensar la política desde una posición de izquierda. Como sabemos, en aquellos días un avasallante discurso conservador había tomado el espacio público para imponer el dominio neoliberal. Diferentes campos, tales como la arena política, los medios de comunicación y la academia, fueron en su mayoría seducidos por lo que parecía una verdad irrefutable: el triunfo ineluctable del capitalismo sobre su enemigo, el socialismo. La consigna “libertad de mercado y democracia liberal para todo el mundo” se impuso junto con un tipo de racionalidad que dejó las ideas socialistas, en el mejor de los casos, en el museo de las utopías y, en el peor, en el desván de las propuestas políticas descabelladas. Frente a esto, muchos académicos que gustaban llamarse “progresistas” y otros tantos políticos que se denominaban a sí mismos socialdemócratas claudicaron. En las universidades, se trataba de exorcizar el marxismo. ¿Qué sentido tenía seguir transmitiendo sus principios si en los hechos había fracasado? Mientras, en la política se trataba de olvidar cualquier demanda de tinte marxista, especialmente las de corte igualitario. ¿Qué sentido tenía impulsar alguna de esas demandas si la evidente racionalidad nos decía que todo podía ser logrado a través del esfuerzo individual y de la lógica empresarial?

En este contexto, la intervención teórica de Laclau y Mouffe resultó extraordinariamente decisiva. Porque rescataron al marxismo en su deconstrucción. Leyeron al marxismo de una manera aguda y absolutamente novedosa y empujaron la crítica al determinismo social de clase a un punto de no retorno en la medida en que

---

<sup>1</sup> En co-edición con *Contemporary Political Theory*.

disolvieron sus fundamentos, pero todo esto sin abandonar el espíritu emancipatorio de dicha tradición. Sin embargo esta vez, se trató de emancipación(es), en plural, sin ningún final escatológico. Si el esencialismo de clase fue puesto en entredicho, también lo fue la idea de que el proletariado constituía el sujeto protagonista de la historia fijado *a priori* con un claro destino: la sociedad reconciliada.

La propuesta teórica de Laclau y Mouffe se desarrolló a partir de los conceptos de hegemonía y antagonismo y su primera respuesta política fue el proyecto de la democracia radical; como una forma de diferenciarse tanto de la posición liberal-democrática como de la propuesta democrática socialista de la sociedad (reconciliada) comunista. La democracia liberal y la comunista ubicaban a la política en un lugar secundario o la eliminan inclusive como posibilidad; en cambio, la democracia radical colocó a la política en un terreno primordial. Sin embargo, más allá de la crucial importancia de *Hegemonía...* la cuestión del sujeto de la política no quedó resuelta. Será años más tarde cuando Laclau desarrolló en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo* (1990) el concepto de dislocación y de pueblo en su texto *La razón populista* (2005) que arribó a una noción de sujeto y subjetividad para el posmarxismo y dió entonces su segunda respuesta política: el populismo.

### **De la democracia radical al populismo (por el desfiladero de las emancipaciones)**

Hay dos propuestas políticas distintas a lo largo del desarrollo teórico de Laclau. Una es la idea de la democracia radical que presentó junto con Mouffe en *Hegemonía...* Esta propuesta estaba principalmente sustentada en la noción de posiciones de sujeto de Foucault. La otra es la del populismo, que surgió bajo el influjo del psicoanálisis freudiano y lacaniano e incluyó la noción del sujeto de la falta y la dimensión afectiva en la construcción política (con el concomitante abandono de las posiciones de sujeto foucaultianas). Este movimiento de una propuesta política a otra fue además acompañado por la distinción entre las nociones de sujeto, subjetividad e identificación, con la que estos términos cobraron especificidad. La conclusión política de este pasaje fue que Laclau terminó por ubicar la “radicalidad” en el populismo más que en la democracia radical. En otras palabras, el populismo devino en la forma de la democracia radical. Por lo tanto, Laclau dejó su primera preocupación —compartida con Mouffe—, que se focalizaba en los “nuevos movimientos sociales” en el contexto de las sociedades industriales avanzadas de los años ochenta, para centrarse en una noción política más amplia —el populismo— que en cuanto tal no pertenecería

exclusivamente a una determinada región socio-política, sino que sería una forma en la cual la política se articula.

El argumento básico de la democracia radical partía del rechazo de la concepción del sujeto unitario, coherente, cerrado y transparente consigo mismo para optar por la dispersión discursiva como el terreno en donde se constituyen las posiciones de sujeto. Es decir, para escapar de la idea de la identidad como plenitud positiva se desplazaron a las posiciones de sujeto. Sin embargo, el aspecto problemático de las posiciones de sujeto era que, por definición, implica aceptar que hay diferentes lugares de enunciación y que la dispersión de esos lugares está gobernada por reglas de formación en espacios discursivos, lo que encierra a la conceptualización y al análisis político en una determinada estructura de posibilidades dadas. Esta es la razón por la cual, en su primera propuesta política, Laclau y Mouffe quedaron confinados a un marco determinado (el imaginario igualitario constituido alrededor del discurso liberal-democrático) en donde las distintas posiciones de sujeto y antagonismos se expresarían. Y aunque hubiese una insistencia en la idea de una dimensión socialista (“Bien entendido, todo proyecto de democracia radicalizada supone una dimensión socialista, ya que es necesario poner fin a las relaciones capitalistas de producción que están en la base de numerosas relaciones de subordinación; pero el socialismo es *uno* de los componentes de un proyecto de democracia radicalizada y no a la inversa”, Laclau y Mouffe, 1985: 224), los antagonismos y las posiciones de sujeto tendrían lugar dentro del marco discursivo de posibilidades dadas de la revolución democrática de las sociedades occidentales. “*La tarea de la izquierda no puede ser por tanto consistir en renegar de la ideología liberal democrática sino al contrario, en profundizarla y expandirla en la dirección de la democracia radicalizada y plural*” (Laclau & Mouffe, 1985: 222). La posibilidad de la conmoción de los órdenes simbólico e imaginario aún no estaba presente. No resulta llamativo entonces que Laclau en sus textos posteriores nunca volviera sobre este tipo de afirmaciones vertidas en el último capítulo de *Hegemonía...* En efecto, como sabemos, más tarde Laclau y Mouffe reformularon su propuesta política. Por un lado, Mouffe con el desarrollo de sus consideraciones sobre el agonismo (este aspecto excede largamente los objetivos de este artículo). Por otro lado, como ya hemos mencionado, Laclau con su noción de populismo.

En su texto *Nuevas reflexiones...*, Laclau presentó el concepto de dislocación y al hacerlo introdujo una noción diferente de sujeto que allanó el terreno para la radicalización de su posición política. Allí afirmó que la dislocación “es la fuente de la

libertad. Pero esta no es la libertad de un sujeto que tiene una identidad positiva —pues en tal caso sería tan sólo una posición estructural— sino la libertad derivada de una falla estructural, por lo que el sujeto sólo puede construirse una identidad a través de actos de identificación” (1990: 76). En esta definición, Laclau diferenció la noción de sujeto de la de identidad (“una identidad positiva”) y de la identificación (“actos de identificación”). Sabemos perfectamente que en *Hegemonía...* Laclau y Mouffe ya habían afirmado que no hay nada como una identidad plenamente positiva. En todo caso, toda identidad es siempre contingente y relacional. Pero en *Nuevas reflexiones...* Laclau arribó a una noción de sujeto que anteriormente no estaba presente en su trabajo con Mouffe. La idea de la dislocación como fuente de libertad es para Laclau el lugar del sujeto. “Ese lugar es, exactamente el lugar del sujeto. Sujeto = forma pura de la dislocación de la estructura, de su inerradicable distancia respecto de sí misma” (1990: 76). Para decirlo en términos lacanianos: se trata del sujeto de la falta. La brecha implica el momento de la decisión más allá de la estructura. En otras palabras, el sujeto es el momento de la decisión en el lugar de la indecidibilidad.

Así, en *Nuevas reflexiones...* el sujeto puede ser entendido como un efecto de la cadena significativa y, como no hay nada que pueda ser considerado una identidad positiva, las identificaciones son la forma de complementar al sujeto de la falta. La consecuencia a partir de este punto es que la noción de antagonismo será una forma de “representar” la falla estructural. El antagonismo será una forma de expresar la dislocación constitutiva de todo orden social.

“La idea de construir, de vivir esa experiencia de la dislocación como antagónica, sobre la base de la construcción de un enemigo, ya presupone un momento de construcción discursiva de la dislocación, que permite dominarla, de alguna manera, en un sistema conceptual que está en la base de cierta experiencia... Entonces fue en *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, que intenté desarrollar una noción de negatividad sobre la base de profundizar el momento de dislocación anterior a toda forma de organización discursiva, o de superación discursiva, o de sutura discursiva de esa dislocación” (Laclau, 1997: 26).

Si la posición de sujeto significa, justamente, distintas posiciones en una estructura, la dislocación abrió la posibilidad de considerar aquello que aún no ha sido inscripto. Es decir, algo que está más allá de las determinaciones estructurales. Sin embargo, las apreciaciones sobre qué subjetividad tiene la posibilidad de *saber hacer* con la

dislocación vendrán en *La razón populista*, junto con los conceptos de pueblo y heterogeneidad social.

En efecto, la noción de contingencia que está presente en *Hegemonía...* y la imposibilidad de nombrar al sujeto por lo que es, es decir, en su propio ser, que está presente en *Nuevas reflexiones...* no detuvieron a Laclau en su intento por encontrar recursos de inteligibilidad para lidiar con estos aspectos. Esto es precisamente lo que se encuentra en *La razón populista* con la entrada de la dimensión afectiva en su teoría para arribar entonces a los conceptos de pueblo y heterogeneidad social.

Queremos advertir que si no hacemos una lectura atenta del hilo argumentativo en la construcción de la categoría de pueblo podemos caer en interpretaciones que lo despolitizan en la medida en que simplifican o sencillamente ignoran elementos — retóricos o psicoanalíticos— centrales en la teoría de Laclau. Una de estas interpretaciones es la que despolitiza la noción de pueblo al ignorar la dimensión psicoanalítica y sólo considerar la fuente retórica en el armado conceptual, incurriendo en una suerte de “sociologización” de dicha categoría. Otra es aquella que despolitiza al pueblo al “psicologizarlo”, lo que ocurre por una doble operación: por un lado, identificando completamente el concepto de pueblo con la masa freudiana de *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921); y, por otro lado, eludiendo la dimensión “organizativa” en la construcción del pueblo.

Para evitar estas simplificaciones y capturar la radicalidad política y teórica del pueblo, primero debemos considerar que Laclau encuentra en Freud dos modelos de agrupamientos sociales: a) uno que está basado en el lazo libidinal con el/la líder, y b) otro que ha adquirido, secundariamente, a través de la organización, las propiedades de un individuo. En consecuencia, apoyado en estas dos formas distintas de agrupamiento social —la del grupo completamente organizado y la de el/la líder—, Laclau incluye la dimensión de la organización en su concepto de pueblo cuando formula la hipótesis de que estos dos modelos no corresponden por separado a diferentes tipos de grupos, sino, más bien, ambos constituyen lógicas sociales que intervienen conjuntamente en la constitución de todos los grupos. Segundo, debemos considerar que Laclau no transfirió directamente el esquema freudiano de la masa a su concepto de pueblo, ya que la fórmula de la masa de Freud es introducida por Laclau como una analogía, en tanto guía heurística para la búsqueda de un modelo nuevo, para la comprensión de un asunto diferente. Esto se puede ver claramente si observamos los elementos articulados en cada uno de los esquemas: mientras que en la fórmula freudiana se pasa de la dispersión a la

unión de los sujetos por articulación a nivel de “instancias psíquicas” (yoes, ideales del yo), en el modelo de Laclau la constitución de esa totalidad se logra por la articulación de demandas sociales. En palabras del propio Laclau: “este libro no debería concebirse como un ejercicio ‘freudiano’” (2005, 88). Es precisamente la articulación de las demandas lo que hace la diferencia. Porque las demandas pondrán en escena aquello que no está contemplado dentro del esquema freudiano (o, al menos, aquello que no fue tenido sistemáticamente en cuenta por Freud); para decirlo en términos lacanianos: todo lo atinente a la necesidad y el deseo. Se trata de dos órdenes que atraviesan la configuración de la demanda. Y son estos dos órdenes implicados en la formulación de la demanda, que no están presentes en el texto de Freud, los que junto con sus relaciones empujarán a Lacan a desplegar el grafo del deseo.

Las consecuencia de pensar al pueblo como una construcción compleja —que contiene las dimensiones de la organización y de el/la líder— es un pueblo que no debe ser entendido como aquel que adquiere meramente una identidad a través de la alienación imaginaria. La dimensión de el/la líder es solidaria con la articulación equivalencial de las demandas, mientras que la dimensión de la organización es solidaria con la absorción de las demandas a través de las formas institucionales. Ambas dimensiones se encuentran interpenetradas la una con la otra. La manera clásica de pensar estas dimensiones nos la da el propio Laclau en su texto, cuando encontramos que las demandas insatisfechas —aquellas que no han sido absorbidas por las formas institucionales— pueden entrar en una cadena de equivalencia en relación con la investidura libidinal de un/a líder. Sin embargo, existe otro cruzamiento entre ambas dimensiones que no resulta tan evidente: si el/la líder se vuelve la cabeza del poder institucional, el/la líder tendrá la función de satisfacer (o no) las demandas a través de las formas institucionales. Si la demanda es satisfecha, ésta no desaparece del espacio social, sino que se transforma porque la “satisfacción plena” nunca es posible. De esta manera, la demanda muestra su rasgo catacrético en la emergencia de nuevas demandas que pueden entrar en equivalencia con las previas.

Ahora bien, hay otro aspecto fundamental a tener en cuenta en la complejidad del pueblo: se trata de la noción de heterogeneidad:

“La ruptura implicada en este tipo de exclusión es más radical que la inherente en la exclusión antagonística: mientras que el antagonismo aún presupone alguna clase de inscripción discursiva, el tipo de exterioridad al que nos estamos refiriendo ahora presupone no sólo una exterioridad a algo dentro de un espacio

de representación, sino respecto del espacio de representación como tal. Este tipo de exterioridad es lo que vamos a denominar heterogeneidad social” (2005: 176).

La heterogeneidad es aquello que no se inscribe, lo que en términos lacanianos podríamos definir como lo real en tanto resto o desecho del proceso de significación. Aquello que no entra en relación es lo que posibilita la constitución de un pueblo. La imposibilidad de la relación (en el sentido que no hay proporción entre seres humanos puesto que son inconmensurables entre sí) es lo único que los seres hablantes tenemos en común —Lacan presenta esta misma idea con la enigmática frase: “no hay relación sexual”—. Subrayemos entonces: la imposibilidad de la relación —lo heterogéneo— es lo único en común. Entonces es aquí cuando otra frase enigmática adquiere una dimensión diferente: “la sociedad es imposible” (Laclau y Mouffe, 1985: 114). Si lo imposible es lo único en común, podemos decir que es lo que da lugar a la constitución de un pueblo. Entonces, el pueblo como efecto de la heterogeneidad social —o de lo imposible— surge justamente como el efecto de una causa muy particular, es decir, no de cualquier causa, sino de una “causa perdida” (ver Lacan *Seminario XI*). La causa del pueblo es una “causa perdida”, y ese “perdida” la califica en sus dos acepciones: la causa como origen o fundamento de una cosa o suceso; y como finalidad, idea o proyecto que se defiende o por el que se trabaja. Como fundamento, esta causa sólo produce efectos si se trata de una causa ausente. Como causa que hay que defender, como bandera por la que se lucha es perdida de antemano, puesto que no hay garantías acerca de los resultados de nuestro empeño. Podemos conformar una comunidad siempre que participemos de la experiencia de transformar lo imposible, lo heterogéneo en causa, ahora en su tercera acepción, como *motivo o razón para obrar*.

Finalmente quisiéramos señalar que hay distintas formas de lidiar con la heterogeneidad social. Una posibilidad es desatar el ilimitado goce solitario, como nos propone el capitalismo en su modo neoliberal. Pero otra cosa muy distinta es hacer una “causa común” de la heterogeneidad. Esta es la que nos propone el pueblo del populismo, en tanto subjetividad política. Y aquí yace la razón por la cual afirmamos que la radicalidad en la teoría de Laclau finalmente se encuentra en el populismo más que en la democracia radical. Y es por eso que sostenemos también que el populismo ha devenido en la forma de la política radical para los tiempos que corren. Si una articulación populista establece una frontera con la lógica individualista que domina la especulación financiera y el consumo, podemos decir que el pueblo es una forma de ponerle un freno

al goce ilimitado del capitalismo neoliberal. La consecuencia es que esta oposición y resistencia abre caminos hacia emancipaciones. Claro está, estamos hablando de figuras modestas de la emancipación: estas consisten en parcialidades, emancipaciones que suponen la liberación de ciertas opresiones que cambian sustancialmente la vida de los sujetos. Emancipaciones que implican la desarticulación de dominaciones que, al desmantelarse, suponen una diferencia que trastoca el universo simbólico hasta entonces establecido. Consiste en la inclusión de un elemento antagonista no contemplado hasta el momento dentro de la estructura de las posibilidades dadas que reacomoda todo el espacio simbólico.

Esta es la respuesta a la que finalmente Laclau arribó para ir más allá del individualismo neoliberal y de la alienación de la psicología de las masas. En otras palabras, esta ha sido la extraordinaria intervención política y teórica de Laclau, esta es la radicalidad del populismo de la teoría posmarxista.

### **Bibliografía**

**Freud, Sigmund** (1920 – 1922), “Psicología de las masas y análisis del yo”. *Obras Completas vol. xviii*. Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1998, pp. 63 – 136.

**Lacan, Jacques** (1964), *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 2003.

**Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal** (1985), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Buenos Aires, FCE, 2006.

**Laclau, Ernesto** (1990), *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Buenos Aires, Nueva Visión.

**Laclau, Ernesto** (1997), *Hegemonía y antagonismo; el imposible fin de lo político*. Santiago de Chile, Cuaro Propio.

**Laclau, Ernesto**, (2005), *La razón populista*, Buenos Aires, FCE.

**Laclau, Ernesto**, (2014), *Los fundamentos retóricos de la sociedad*, Buenos Aires, FCE.